

Lágrimas y risas en la zona bananera de Quepos

Seudónimo: **Exburócrata**

«Prólogo»

Esta historia fue escrita basada en hechos reales, y quiero dedicarla a mi madre querida (q.d.D.g).

Trata sobre mi infancia, adolescencia y juventud.

Quiero manifestar que tal vez algunos acontecimientos no tengan una secuencia ordenada, pero el lector y la lectora, deben comprender, que han trascurrido muchos años desde que se dieron los hechos aquí narrados.

Advertencia: Algunos pasajes de esta historia, no son recomendables para menores de 15 años. El autor.

En un pueblito escondido entre la montaña, de nombre La Sierra de Abangares, nació yo. Era un pueblito dedicado a la minería, mi papá trabajaba en los hornos donde fundían el oro. El metal era sometido a una temperatura muy alta, luego el oro, ya líquido, se vaciaba en moldes para sacar las barras. Mi papá me contaba que las barras de oro eran transportadas en mulas por caminos muy malos, llenos de barro, a través de la selva hasta un pequeño campo de aterrizaje con pista de lastre.

Luego, en avioneta, era trasladado a Estados Unidos. No sé si la avioneta hacía escala en San José.

Las minas de La Sierra eran explotadas por una compañía norteamericana, dicen que antes, también fueron explotadas por una compañía rusa.

En el pueblo de La Sierra, había como 25 casitas de madera y una pulpería que abastecía de víveres a los pobladores.

Después de llevarse casi todo el oro de las minas, la compañía abandonó la explotación, dejando todo el equipo y maquinaria botados. Esto fue, calculo yo, en el año 1944 cuando estaba terminando la segunda guerra mundial en Europa.

La mayor parte de los mineros continuaron sacando oro por cuenta propia, de forma artesanal. Mi papá decidió buscar vida en la zona bananera de Quepos.

Salimos de Las Juntas de Abangares, en 2 carretas halados por bueyes, en ese tiempo no habían carreteras, sólo trochas llenas de barro. En una de las carretas llevábamos los chunches, lo más necesario, en la otra toda la familia, mi papá, mi mamá, y 6 hijos, el mayor de 10 años y el menor de 1 año. Yo tendría de 4 a 5 años. Mi mamá era una mujer muy bella, de facciones finas, blanca, de pelo negro, parecía una artista de cine. En cambio mi papá era muy feo, chiquitillo y negro, de contextura delgada, eso sí, muy inteligente, prueba de ello es que había sacado el sexto grado.

En esa época, en las zonas rurales, muy pocas personas lograban sacar el diploma de escuela.

Las carretas llevaban un manteado de lona para protegernos del sol y de la lluvia. La travesía duró dos días. Al fin llegamos a un pequeño atracadero de botes y lanchas. El lugar se llamaba Manzanillo, de allí salimos en lancha hasta Puntarenas. De Puntarenas al día siguiente tomamos una lancha más grande que se llamaba La Osa. Fue la primera vez que conocí el mar. Teníamos que dormir en el suelo de la lancha, mi mamá sacó unas cobijas del equipaje, porque era de madrugada y hacía mucho frío, pero que va, la lancha hacía un ruido tan escandaloso, que no nos dejaba dormir.

Al día siguiente llegamos a Quepos, un pueblo que había crecido gracias a la siembra de banano, su principal actividad, y al comercio. Habían muchos negocios, recuerdo los más importantes, Tienda La Garza de Modesto Bolaños, dos almacenes de abarrotes, uno de Octavio Ramírez que por cierto fue diputado por el cantón de Aguirre, el otro era un hermano de nombre Benedicto Ramírez. También estaba El Almacén de Moisés Fallas Albertazzi, la

Botica de Malaquías Jiménez, quien también fue diputado y un hotel y restaurante de una señora llamada Doña Isabel.

Todos estos negocios prosperaron porque la mayoría de la gente de las fincas bananeras se trasladaba en tren, hasta el Pueblo Civil de Quepos a comprar su ropa, zapatos y otros productos básicos.

La línea del tren se extendía desde una finca de nombre La Palma, pasaba por finca Los Ángeles, después seguía La Julieta y Parrita que también era un pueblo civil con bastante comercio, Palo Seco, Pocaes y Damas que era la finca más importante.

La línea continuaba hasta Quepos, pero 2 km antes de llegar a Quepos, había un ramal a la izquierda que se llamaba ramal de naranjo, donde estaban las fincas bananeras, Lllamarón, Bartalo, Roncador, Llorona, La Mona, Marítima, Savegre, Silencio, Portalón y El Paso que era la última.

La línea del tren que continuaba hasta Quepos terminaba en el muelle que era donde se cargaban los racimos de banano a los grandes barcos que los transportaban a Estados Unidos. Antes de llegar al muelle estaba la estación del ferrocarril donde se vendían los tiquetes para abordar el tren para trasladarse a las diferentes fincas. El tren era el único medio de transporte que había.

Recuerdo que en la estación del tren siempre estaba una señora morena y gorda vendiendo vigorón en hojas de almendro y frescos de horchata.

El día que llegamos a Quepos, ya era tarde por lo que tuvimos que pasar la noche en un hotel. Gracias a unos ahorros que mi papá tenía del trabajo en las minas, no tuvimos ningún problema para pagar los gastos de todo el viaje.

Al día siguiente, muy temprano, salimos en tren hacia la finca Damas que era nuestro destino final. Mi papá escogió esa finca porque allí vivían unos familiares de mi mamá.

La finca Damas se componía de una plaza de futbol, un cuadrante de casas alrededor de la plaza. Las casas eran de madera, de 2 plantas, todas pintadas de un celeste opaco, allí vivían los trabajadores con sus familias, la línea pasaba por el centro pues al otro lado de la línea había una fila de barracones (grandes barracas para alojar a los peones sin familia) donde vivían las personas que no tenían familia.

También había un comisariato y un dispensario donde brindaban primero auxilios, pues en Quepos había un hospital que era propiedad de la compañía Bananera donde se atendía enfermedades más graves o heridas de accidentes.

La escuela estaba en un barracón, en la parte de abajo, pues arriba vivían unos peones, se daban clases de primer a cuarto grado. En ese barracón hice yo mi primer grado de escuela.

Como mi papá tenía el sexto grado de escuela, logró conseguir trabajo como dependiente en el comisariato.

Nos alojamos en una de las casas de la “Compañía” y vivíamos relativamente bien pero como a los 2 años, para mala fortuna, llegó un atorrante a finca Damas y puso sus ojos en mi mamá que aún estaba joven y bonita. Por desgracia mi mamá se enamoró de ese hombre. Desde ese día comenzó la tragedia para toda la familia. Como dije antes, éramos 6 hermanos, 4 varones y 2 mujeres.

La familia se desintegró, mi papá nos abandonó, se fue para Limón y se llevó a mi hermana mayor, mi otro hermano mayor se fue a vivir con un tío que era paralítico y vendía lotería.

Así que quedé yo como el mayor de mis otros hermanos.

Mi mamá se juntó con ese hombre y tuvimos que seguirla pues todos estábamos muy pequeños. Era un vago, con él recorrimos casi todas las fincas. Para conseguir trabajo solo pedían la cédula, no existían garantías sociales, así es que despedían a un trabajador sin importar el tiempo que tenía y no daban prestaciones. Conseguía trabajo en una finca y a los pocos días renunciaba porque el trabajo era muy duro o lo echaban por vago. Duraba muchos días sin trabajar, pasamos hambre y necesidades, tras de eso era un agresor pues le pegaba a mi mamá por cualquier cosa. A nosotros también nos castigaba. Recuerdo una vez que vivíamos en Fina La Mona, allí no había comisariato, no teníamos nada que comer, a ese hombre lo habían echado del trabajo, le dio una plata que le habían pagado a mi mamá para que hiciera unas compras.

Mi mamá me hizo una lista, me mandó con el hermano que me seguía a mí, a Llorona pues en esa finca sí había comisariato, quedaba a media hora y nos fuimos a pie. “La Compañía” restringía los productos básicos, pues a los trabajadores se les entregaba una tarjeta con la cantidad de cada artículo que tenía derecho a comprar.

Terminamos de hacer las compras y nos regresamos. Los víveres los traíamos en 2 bolsas de manigueta. Mi hermano menor llevaba la más liviana, yo la que pesaba más. Nos regresamos a finca La Mona.

Teníamos que caminar por en medio de los rieles, pues a los lados no había camino, solo monte. Ya estaba oscureciendo, a esa hora no pasaba el tren pero teníamos que apurarnos para que no nos agarrara la noche, no sé por qué mi hermano y yo tuvimos una discusión y él no quiso cargar más la bolsa y se quedó en medio camino. Yo cargué las 2 bolsas y seguí caminando. Como al kilómetro de caminar, volví a ver atrás y mi hermano no se veía, me dio miedo dejarlo botado y me devolví a buscarlo. Como iba muy cansado, dejé las 2 bolsas en la línea del tren, cuando había caminado como 500 metros hacia donde estaba mi hermano, vi que venía una ambulancia a toda velocidad, yo corrí para apartar las compras de la línea, pero el motocar me alcanzó y por más señas que hice al chofer, no se detuvo, solo vi cuando las compras de la semana volaban por el aire.

Mi hermano y yo con lágrimas en los ojos, logramos recoger una lata de avena “Quaker” toda arrugada y un puñado de arroz y otro de frijoles llenos de tierra, una barra de jabón azul y otras cosas. Ni les cuento la fajeada que me dieron.

Había días que no teníamos nada de comer. Mi mamá me decía, hijo vaya al bananal a ver si consigue un racimo de bananos verdes. Por suerte, en la casa quedaba una tapa de dulce, mamá ponía a hervir agua, nos hacía agua dulce y sancochaba los bananos. Toda la gente cocinaba con leña que abundaba. Hacían un fogón que era un cajón de madera de cuatro patas, lo rellenaban de ceniza o de tierra, ponían unas piedras separadas para meter la leña y listo.

Algunos tenían el fogón dentro de la casa en la parte de la cocina, otro lo tenían afuera en el patio. No había electricidad, ni agua por cañería. Nos alumbrábamos con canfineras o con candelas.

El agua la halábamos en baldes de una quebrada que pasaba cerca de la casa. En algunas fincas había un pozo cubierto con cemento, una bomba manual sacaba el agua con que la gente se abastecía. También “La Compañía” puso unos lavaderos públicos a donde las mujeres llegaban a lavar la ropa y a contar los últimos chismes del día. Los excusados o servicios sanitarios estaban fuera de las casas, prácticamente eran una letrinas, una construcción de 2 metros de ancho por 8 de largo, forrada con latas de zinc, en el suelo una baldosa de cemento con un hueco en el centro de forma rectangular, uno tenía que abrir las piernas y agacharse para hacer sus necesidades, era bastante incómodo.

En los extremos de esta estructura había 2 baños, los hombres hacían huecos pequeños para samuelear a las mujeres cuando se bañaban pero ellas los tapaban con jabón.

Fuera de los baños, había un balancín que cada vez que se llenaba, botaba el agua para limpiar el caño de la caca.

Por las tardes yo me ponía a ver a los peones que llegaban cansados y sudorosos a los barracones. Algunos se dedicaban a la chapía, usaban unos machetes largos y afilados que llamaban rulas, medían 28 pulgadas de largo y como 2 de ancho.

Para trabajar usaban unos zapatos de cuero tosco y muy duro, en la suela les ponían unos casquillos de acero que se llamaban chimbolos, esto hacía que los zapatos o burros, que sí los llamaban, durarán más. Su ropa era gruesa, de mezclilla o army para soportar las inclemencias del tiempo. A otros peones los ponían en la corta de banano, para esto usaban unas chuzas de cabo largo, luego lo cargaban en mulas que eran arriadas por un “mulero” que los llevaba hasta unos tanques grandes que estaban a la orilla de la línea del tren. Estos tanques estaban llenos de un ácido, en donde sumergían la fruta para protegerla de insectos y plagas.

Estas instalaciones se llamaban bacadillas. Después los racimos eran cargados en vagones o carros bananeros. Había otros trabajadores que regaban los bananales con un veneno muy fuerte que usaban contra las plagas.

Para esto tenían que cargar unas mangueras muy largas y pesadas, por lo menos de 25 metros, este veneno pintaba las hojas y las matas de banano de color verde, también manchaba la ropa de estos trabajadores, por lo que les tenían el apodo de “pericos”.

Muchos de estos desdichados quedaron estériles el resto de su vida, otros se dañaron de los pulmones y fueron a parar al Sanatorio Durán para tuberculosos ubicado en Cartago.

Mi padrastro ya no conseguía trabajo con la “Compañía”, entonces había unas fincas particulares que se dedicaban a la siembra de arroz. Decidió ir a una de estas fincas, su nombre era “La Pilona” quedaba bastante alejada de los ramales de la línea del tren. Ya había empezado la corta de arroz y me llevó a mí para que le ayudara, decía que así ganaría más plata.

Nos fuimos a pie, yo era un chiquillo todavía, era flaco y desnutrido, seguro por las aguantadas de hambre. Andaba descalzo, las plantas de mis pies se habían endurecido de tanto caminar, casi no sentía las piedras del camino ni lo caliente de la tierra cuando el sol estaba muy caliente.

Salimos al amanecer, aún estaba oscuro, se veían algunas estrellas y yo sentía frío.

Apenas nos habíamos tomado un jarro de café con un bollo de pan.

Llegamos al campamento: Era un gran rancho de paja, en el centro había un fogón con algunos tizones aun prendidos, encima una gran olla en la que cocinaban la comida de los peones. Ya eran pasadas las 7 de la mañana, ya habían repartido el café que era con “burra” y huevos picados.

Los peones iban saliendo hacia el arrozal, el capataz nos volvió a ver y nos dijo que lo siguiéramos. A mi padrastro le dieron una “chinga” que era un machete corto con mucho filo. Las espigas de arroz se mecían por el viento, semejando un mar teñido de un amarillo oro, los peones comenzaron a cortar el arroz y hacían montones o cargas para ser llevado donde aporreaban. En esos tiempos no había maquinaria, todo se hacía a mano. Hacían una tarima con varillas, encima aporreaban las espigas y debajo ponían un manteado para recoger el grano. Algunos cortadores utilizaban una hoz, que era un cuchillo con una hoja curva y hacía más fácil cortar las espigas. A otros carajillos y a mí nos pusieron a halar los puños de arroz hasta donde estaban aporreando. Lo cargamos en el hombro, a veces estaba lleno de hormigas y no podíamos tirar la carga al suelo porque se desparramaba, entonces teníamos que aguantar los piquetes hasta llegar a donde lo aporreaban. Pero había unas hormigas grandes y negras que llamaban hormigas “bala”, eran muy rápidas y en un momento le recorrían todo el cuerpo. Su piquete era tan doloroso que no soportábamos y teníamos que tirar la carga al suelo. El arroz en granza era llevado en sacos de gangoche hasta el campamento. Allí había unos pilones de madera donde lo vaciaban y con unos mazos, también de madera, con una pelota en ambos extremos, lo golpeaban para que soltara la granza. Luego era venteado con un huacal grande hecho de jícaros.

Al final de la jornada, nos dieron de comer nos quedamos a dormir en el campamento. Al día siguiente amanecí con el cuerpo lleno de ronchas.

Al tercer día despidieron a mi padrastro y por consiguiente a mí también.

De esos 3 días que trabajé, yo no vi un cinco. Lo único que me gustó era que nos daban bastante comida. Me gustaba la “burra” (Gallo Pinto) con banano sancochado o tortillas hechas en el fogón.

Bueno, así seguimos rodando de finca en finca, cuando nos dábamos cuenta de alguna casa desocupada, nos metíamos sin permiso, pero apenas el capataz se daba cuenta nos echaba.

Para nosotros era muy fácil trasladarnos de un lugar a otro. No teníamos mesa ni bancos, tampoco camas, dormíamos y comíamos en el suelo. Apenas teníamos unos platos y jarros de lata y unas ollas viejas para cocinar.

La última finca donde estuvimos fue en La Pastora, una finca metida entre los bananales, por allí no pasaba el tren ni había comisariato.

Como la situación se puso muy mala, nos fuimos para una finca particular, de Lllamarón para adentro. Su dueño era un señor German Lutz.

En esa finca estuvimos como 6 meses, hasta que se vino un temporal, el río Lllamarón se salió y hubo una “llena” que duró casi un mes. Quedamos aislados. Como la gente no tenía que comer, se organizó un grupo de hombres para traer comida. Tenían que cruzar el río que estaba crecido.

Dentro de ese grupo estaba mi padrastro. Al tratar de cruzar, el río lo arrastró y se ahogó. En mis adentros yo le di gracias a Dios.

Entonces no fuimos para la finca Damas, mi mamá llevaba una niña como de un año que le dejó ese hombre y para peores estaba embarazada.

Bueno, llegamos de nuevo a la finca Damas. Mi tío, hermano de mi mamá, por suerte era capataz y nos pudo conseguir un cuartito en uno de los barracones.

En ese cuarto tuvimos que acomodarnos, comíamos y dormíamos en un espacio muy pequeño. Recuerdo que mi mamá nos metía en unos sacos de gangoche porque no teníamos cobijas. Dormíamos en el suelo que era de cemento, mamá nos ponía cartones para no sentirlo tan duro. A veces, durante las noches yo me ponía a pensar por qué éramos tan pobres. Mi papá nos abandonó y nunca se volvió a acordar de nosotros, nunca nos mandó ni un cinco. Tampoco había instituciones sociales que ayudaran a los pobres, y si las había, yo no las conocí. Una vez llegó Pepe Figueres (el viejo) y otra vez Mario Echandi pero no llegaron a ayudar, llegaron a pedir votos. En esas noches en que no podía dormir, mis ojos se llenaban de lágrimas pero también mi cara se llenaba de alegría pues soñaba con llegar a la escuela, sacar el diploma y hacerme grande para ayudar a mi madre que tanto sufría. Mi pobre viejita, con una gran panza, tuvo que lavar y planchar ajeno para mantenernos.

También hacía cajetas de leche y de coco, y como yo era el mayor, me tocaba ir a venderlas a diez céntimos cada una.

Para que los jóvenes de ahora tengan una idea del valor de la plata en aquel tiempo, con un cinco de ahora (5 colones) se podían comprar 50 cajetas de 10 céntimos.

Mi mamá se quedaba hasta muy tarde planchando ropa. Calentaba las planchas de hierro en una plantilla sobre un fogón de leña. Cuando se le enfriaba una, cogía la otra.

Hoy esas planchas, sólo se ven en los museos o en la casa de un coleccionista de cosas antiguas. Cuando ya era muy tarde, mi mamá muy cansada, se iba a dormir, pero antes, pasaba, se agachaba y me daba un beso en la frente. Yo me hacía el dormido. Como a los 6 meses nació el nuevo miembro de la familia. Una viejita que era comadrona, atendió a mi mamá en el parto. Cuando el niño tenía como 4 meses enfermó de tosferina. Mi mamá le hacía remedios caseros. El chiquito pasaba toda la noche llorando y tosiendo y casi no nos dejaba dormir. Mi madre se levantaba y con una candela le calentaba alcanfor y le ponía en el pechito, y la planta de los pies.

Una noche mi mamá me despertó con unos gritos. El niño había muerto. Al fin descansó.

Pasó algún tiempo, mi madre siguió haciendo cosas para vender, como prestiños y arroz con leche, pero el fuerte eran las cajetas.

Yo seguía vendiendo, iba a las casas y también vendía en el tren a los pasajeros.

En las casas pusieron cañería y ya no tenías que halar el agua.

Una cosa que no me olvido es que casi todos los chiquillos usábamos flechas de hule, nos íbamos a los ríos a matar gallegos y a veces hasta pájaros, aunque mi mamá me decía que no lo hiciera, yo no le hacía caso. Algunos amiguillos míos compraban ligas pero como yo no me podía comprar me robaba los neumáticos de llantas de chapulines para hacer mis flechas. El arco lo hacía del árbol de guayaba con forma de horquetas.

Había un garaje, donde guardaban los chapulines y neumáticos viejos. Una vez me metí a robar por una abertura que había en la parte de arriba. Era un domingo como a las 7 de la mañana, como ese día nadie trabajaba, estaba yo lo más confiado cuando va llegando un tractorista, era un nica moreno y gordo, de mal aspecto, nunca se me olvida, como yo era flaquillo y debilucho, con una mano me agarró de las dos manos y con la otra la metió en una tarro que tenía una grasa negra que olía horrible que utilizaban para engrasar las balineras de los chapulines.

Comenzó a embarrarme por todo el pelo, aunque yo gritaba y me retorció, nada pude hacer. Cuando ya tenía la cabeza bien llena de grasa, me soltó y me dio una patada en el culo que me hizo irme de jupa al suelo, me paré y salí corriendo mientras oía la risa burlona del desgraciado nica.

Me fui a un río y traté de quitarme la grasa, hasta arena me eché en la cabeza pero más bien se me hizo una melcocha.

Me fui para la casa y traté con jabón de barra pero nada. Mi mamá como castigo me mandó donde un peluquero que vivía cerca de la casa para que me pelara coco pelón. No se imaginan las burlas de mis amiguillos de aventuras.

Como a los 3 días me fui bien temprano para el garaje, yo sabía que el nica llegaba como a las 6:30 am. a sacar el tractor. Pero antes pasé donde había un palo de guayaba, cogí unas

pequeñitas y duras como del tamaño de una bolincha de vidrio. Yo tenía muy buena puntería con la flecha.

Cuando el nica estaba abriendo la puerta del garaje le apunté a la cabeza y le dejé ir la guayaba con toda el alma. Solo vi que pegó un brindo y se agarró la nuca. Yo salí disparado como alma que lleva el diablo.

Nunca una venganza me supo tan rico como ese día. Seguramente se le levantó una gran chichota en la cabeza.

Las guayabas cuando están celes son durísimas como un balín.

Pero la vida para mí también era dura. A veces tenía momentos felices. Como cuando nos íbamos a bañar a la poza, desnudos, a culo pelado, sin ninguna malicia, éramos carajillos de 5 a 10 años, disfrutábamos bañándonos. Un día, alguien nos quiso jugar una broma de mal gusto, y nos escondió la ropa. Por más que la buscamos no la encontramos. Tuvimos que irnos para la casa chingos, como yo andaba sin permiso, por todo el camino iba rezando.

¡Ay Diosito, que no me peguen! Pero seguro Dios no me escuchó o estaba muy ocupado porque siempre me pegaron. Siguieron pasando los años. Cuando tenía más de 7 años, le dije a mi mamá que quería ir a la escuela, que me fuera a matricular, me dijo que no, que ella me ocupaba para que le hiciera las ventas, además no tenía tiempo para ir a matricularme.

Pero yo quería aprender a leer y escribir, así que un día fui al barrancón donde daban las clases y le dije al maestro que me matriculara, me dijo que tenía que ir mi mamá, entonces hablé con el director de la escuela, el mejor maestro que yo conocí en mis años de primaria, Sr. Elpidio Boza Vargas, quien después llegó a ser supervisor general de la zona de Quepos y Parrita. Mi primera maestra fue Doña Claudia, la esposa de Don Elpidio.

Yo iba descalzo, con un pantalón de mezclilla y con una camisa de manta, saqué el mejor promedio. Mi mamá pasaba muy ocupada y nunca fue a retirar una nota mía, nunca me revisó un cuaderno, pero yo no la culpo, pues en ese tiempo los padres pensaban que era mejor que los hijos trabajaran antes que estudiar. A pesar de todo, nunca perdí ningún año. Después de que cursé el primer grado hicieron una escuela nueva frente al comisariato, allí estuve hasta el cuarto grado, no daban quinto ni sexto.

La situación económica mejoró para nosotros. Mi mamá se juntó con un señor muy trabajador, aunque no nos trataba muy bien, era muy responsable.

Todavía no teníamos luz eléctrica, yo tenía que estudiar en las noches con una candela o con un candil. Mi mamá me hacía camisas con sacos de manta blanqueada a pura batea y sol, y aunque iba a la escuela con pantalón de mezclilla corto y remendado, saqué el cuarto grado. Yo seguía vendiendo cajetas, pero quería seguir estudiando.

Un día, me paré en una baranda del comisariato con mi palangana de cajetas, a un lado vendían abarrotes, del otro lado separado por una baranda había una cantina. Casi todos los días llegaba un señor a tomar guaro, era alto, grueso, muy fuerte, le decían Juan Torres, tenía

pinta de matón. Andaba descalzo, las patas parecían tamales, eran grandes y gordas. Decían que tenía mucha plata, era dueño de una finca por el lado de Pocaes. También llegaba un viejito pequeño y delgado que siempre cargaba una alforja de mecate al hombro. Era muy callado y casi no le hablaba a nadie. Se tomaba su traguito en silencio. Pero siempre Juan Torres le exigía que lo imitara, a veces lo socolloneaba del cuello para que le pagara la cuenta. Pero un día el viejito no aguantó más, sacó una chinga que andaba en la alforja y empezó a darle, hasta que el hombrón dejó de moverse. Lo hizo picadillo. En el piso de madera sólo quedó una masa de carne llena de sangre. Nadie se metió. Así era la vida en la zona bananera. Todo eso lo viví yo cuando apenas era un carajillo.

Con la nota de 4° grado, me matriculé en la escuela de Parrita. Tenía que viajar en tren. El problema era que no tenía zapatos y me daba vergüenza ir descalzo. Entonces se me ocurrió una idea. Yo sabía que mi nuevo padrastro tenía unas zapatillas negras y las tenía bien embetunadas y brillantes y las usaba sólo para salir. Era un hombre bajito, calzaba N° 36. Yo le dije a mi mamá que las iba a llevar a escondidas sin que él se diera cuenta. Mi mamá estuvo de acuerdo, me dijo que tuviera cuidado para que no se diera cuenta. Surgió otro problema. Yo calzaba 34. Lo solucioné rellenando la punta con papel periódico mojado. Apenas llegaba de la escuela me las quitaba y las guardaba. Mi padrastro nunca se enteró.

Desde primero hasta cuarto grado usé un bulto de mezclilla que mi mamá me hizo. Pero mi ilusión era llegar a tener un bulto de cuero que otros compañeros tenían.

Como ya sabía leer y escribir, empecé a vender lotería. De lo que me ganaba me dejaba una parte y el resto se lo daba a mi mamá.

Al fin pude comprarme el bulto de cuero. ¡Yo no me cambiaba por nadie! Ah, también pude comprarme unos zapatos, recuerdo que eran unos “Turrialba” que estaban de moda con hebillas y fajitas.

Volviendo unos años atrás, cuando aún no había entrado en la escuela, recuerdo que el banano estaba en su apogeo, la corta se hacía durante el día, a las mulas se les ponía esterilla en el lomo, encima un aparejo construido con troncos o ramas gruesas. A cada lado se cargaba un racimo. Luego las mulas guiadas por un “mulero” llevaban las frutas hasta la bacadilla. Las bacadillas era un galerón y en el centro tenía un tanque grande lleno de un ácido para lavar los racimos. Eso se hacía por medio de una balanza, en un extremo tenía un gancho donde se guindaba el racimo, en el otro tenía una pesa de cemento para equilibrar el peso de la fruta. El racimo se sumergía en el tanque, esto se hacía para limpiar el banano y protegerlo de alguna plaga. Estas bacadillas había en todas las fincas bananeras, especialmente en el ramal de naranjo. Este aparato era manipulado por un solo hombre. Los vagones o carros bananeros se alineaban a la orilla de la bacadilla para ser cargados. Había una línea férrea que estaba paralela a la línea principal. Los vagones eran forrados en su interior con corteza de vástago y hojas de banano con el fin de que la fruta no se golpeará y llegara en buen estado a su destino. Estos vagones tenían una puerta ancha corrediza para facilitar cargar el banano. A un lado había una escalera de hierro para que los brequeros subieran hasta el techo del vagón e hicieran señas al maquinista. Había algunos brequeros muy hábiles, con el tren a bastante velocidad corrían por el techo. Arriba en el techo había una rueda de hierro que se conectaba a la rueda del tren y por medio de una zapata de hierro, frenaba el tren para ayudar a la máquina a frenar cuando iba muy cargado. Por eso el nombre de “brequero”, que viene de Brake en inglés. Las

máquinas eran impulsadas con vapor, tenían una caldera, el fuego era alimentado con carbón de madera, que hacía hervir el agua en un tranque grande dentro de la máquina que hacía mover unos pistones y estos a la vez las ruedas de la máquina. Por eso a los maquinistas también se les llamaba fogoneros.

A unos intervalos de cada 10 km habían unos tanques grandes a la orilla de la línea, llenos de agua, donde las máquinas se abastecían para transformar el agua en vapor. Estas máquinas tenían mucha fuerza. Recuerdo que había 2 muy famosas, la 21 y la número 7. Podían arrastrar hasta 25 vagones cargados de bananos.

El traslado del banano de las fincas hasta el muelle, se hacía en horas de la noche para no interferir con los trenes de pasajeros y otros que circulaban durante el día.

Puerto Quepos: Era un pueblo civil relativamente pequeño, pero de una belleza natural extraordinaria. Antes de llegar a Quepos había un pequeño caserío que se llama Paquita con un río del mismo nombre. Este río todos los años se crecía, inundaba la línea del tren por varios días y la gente para trasladarse a Quepos tenía que jugársela a pie, ya que el servicio de tren se suspendía. Como un km antes de Quepos, el tren pasaba por Boca Vieja, eran casas de madera hechas por la Compañía para alojar a los empleados del ferrocarril y del taller mecánico. A mano derecha de la línea, estaba el mar Pacífico en todo su esplendor y a la izquierda el Pueblo Civil de Quepos.

La línea llegaba hasta el muelle donde se cargaba el banano a los barcos, este trabajo se hacía durante la noche por peones que les llamaban concheros, el trabajo era muy duro pero ganaban buena plata porque lo hacían por contrato.

Antes del muelle estaba el taller mecánico que daba mantenimiento al ferrocarril, tractores y chapulines de la Compañía.

En un cerro detrás del taller, estaba el hospital y algunas casas donde vivían los gringos y altos empleados de la compañía "La United Fruit Company" que así se llamaba en inglés la Compañía Bananera, discriminaba a los peones y empleados de bajo nivel, tenían un club exclusivo para los gringos y piscinas donde no tenían acceso los trabajadores de menor categoría.

En el centro de Quepos estaba el Salón Miramar, donde llegaban las mejores orquestas de la época como la de Lubín Barahona, Otto Vargas, La Maribal y otras. También llegaban los mejores cantantes del país, Rafa Pérez, Jorge Duarte, Gilberto Hernández etc., era un llenazo, la entrada costaba diez colones.

Como a 5km de Quepos, estaba la playa de Manuel Antonio, solo se podía llegar a pie por caminos muy malos. Casi no habían casas. Era un verdadero paraíso, como un diamante en bruto, sin pulir.

Yo desde chiquillo, era muy romántico y soñador. Recuerdo que una vez siendo casi un adolescente, fui a Manuel Antonio con unos compañeros. Nos fuimos caminando desde Quepos, pues no había carros ni ningún medio de transporte, a excepción de algunos finqueros

que tenían caballos o chapulines. Era la primera vez que visitaba ese lugar. Cuando llegué a la playa con selva casi virgen, quedé extasiado.

Ese día nos quedamos a dormir en la casa de un compañero, pues los papás de él, vivían allí. Durante el día nos bañamos en el mar, luego nos invitaron a almorzar. Por la tarde regresé a la playa y me senté en un tronco a contemplar el paisaje. Comencé a mirar hacia el ocaso. ¡Qué espectáculo tan maravilloso! El sol empezaba a sumergirse en el mar, el cielo tenía un rojo amarillento y la tarde, lentamente agonizaba. En la playa, las palmeras se mecían por una suave brisa, mientras las olas, cansadas de viajar por el mar, se desmayaban en la arena blanca.

Una bandada de pericos pasaron sobre mi cabeza, buscando refugio para pasar la noche, mientras los monos titi hacían un escándalo con sus chillidos en el boque cercano. Las lapas destacaban por su color rojo entre los árboles. Era como estar en un mundo encantado. Por algo Manuel Antonio está entre las playas más lindas del planeta. Lástima que en los últimos años este lugar paradisiaco, haya sido invadido por extranjeros y nacionales que llegan a consumir drogas, también en busca de sexo y otros malos hábitos, incluido la delincuencia. Hoy día han proliferado los hoteles, bares, restaurantes, casinos y otros de mala reputación para atraer al turista.

Busqué el sendero que me llevaría a la casona donde pasaríamos la noche.

Durante el camino hacia la casona yo iba pensativo, mirando el montón de cangrejos grandes y azules que corrían buscando los huecos que hacían en la arena.

Ya casi estaba oscureciendo, a lo lejos, divisé la casona. Había una luz muy tenue. Al llegar, pude ver a mis compañeros alrededor de una mesa cubierta con una carpeta de cuadros azules, jugando “casino” con un naípe viejo, se alumbraban con un canfinera. Yo me uní al grupo pues era muy temprano y en algo había que matar el tiempo. Al rato, la señora de la casa, nos sirvió la comida, después nos quedamos hablando y contando chiles, nos dio sueño y nos fuimos a dormir en un campo que nos había alistado la señora.

Al día siguiente nos alistamos muy temprano, pues debíamos tomar el tren que nos llevaría a la Finca Damas, no sin antes contemplar el bello amanecer que nos regalaba Manuel Antonio con sus aguas tranquilas rodeadas por unos peñascos y sus arenas tibias por el sol que ya comenzaba a calentar.

Muy cerca de la pequeña iglesia de Damas pasaba el crique donde de vez en cuando íbamos a la poza a darnos un chapuzón, crique (Se le decía a los pequeños ríos o quebradas (creek en inglés).

Cuando terminaba de vender las cajetas temprano, con la palangana vacía, me iba para el crique a camaronear, recuerdo que el agua era limpia y cristalina, corría por entre las piedras, hasta podía beber sin mayor peligro. A la orilla del río, los palos de guarumo dejaban caer sus hojas formando montículos que servían de guarida para los peces pequeños y camarones. Yo agarraba el puño de hojas y lo tiraba a la arena, los camarones saltaban y yo los atrapaba. Los peces pequeños los regresaba al agua pero los camarones pequeños yo me los comía crudos.

En las cuevas y debajo de las piedras lograba coger camarones y guabinas grandes, yo se los llevaba a mi mamá para que los cocinara.

En las fincas donde había comisariato, también había cantinas, pero en los márgenes de los ríos arriba en las montañas, había muchos “sacas” de guaro contrabando o “chirrite”, lo fermentaban en estañones, dicen que le echaban chingas de puro y pilas de foco para que hiciera más efecto.

Como a 1 km de Damas, había un lugar de nombre “Papaturo” había como 4 o 5 casas, una pulpería y una cantina.

Un día, ya oscureciendo, estaban 2 hombres tomando en la cantina, que era atendida por un negro limonense. En ese tiempo eran muy pocos los negros que vivían en la zona.

Los 2 hombres ya estaban pasados de tragos, tenían una botella casi vacía, se echaban tragos a pico de botella y comenzaron a burlarse del negro.

Se pusieron a cantar una canción muy en boga en ese tiempo, “me puse a bañar a un negro para ver qué color cogía y entre más los restregaba, más negro se ponía”.

De un pronto a otro, el negro saltó el mostrador con una rula en la mano y comenzó a volarles filo. Uno logró huir pero dejó una mano perdida y salió con varias heridas graves. El otro no pudo escapar y murió en el lugar.

Si la memoria no me falla, el que logró escapar era de apellido Sandí y el muerto Alpízar.

Cuando había turnos en las fincas bananeras, los hombres se emborrachaban, se agarraban a los puños y también a machete, a veces había heridos y hasta muertos.

En esos turnos los bailes eran con marimba, se hacía “peseteado”, es decir, cobraban una peseta por cada pieza, se usaba un mecate, a cada extremo una persona lo sostenía para ir cobrando, los que pagaban los iban separando con el mecate, el bailarín llevaba la peseta en la mano derecha pegada en la espalda de su pareja para no atrasarse en el baile.

Cada 15 días, la compañía daba películas gratis, se hacían en media calle, los carajillos nos íbamos por todo el cuadrante gritando: “película en la calle” entonces le gente salía de sus casas con un banco al hombro, corriendo para agarrar campo.

Era todo un espectáculo ver a todo el montón de gente con bancos y sillas para ver la película. La mayoría de estas cintas eran en inglés sin traducción, pero igual todos las disfrutábamos, más si eran de vaqueros e indios estaban de moda Roy Roger, Hopalong Cassidy, Gene Autry, Jhon Wayne y otros.

El banano agarró una plaga creo que se llamaba sigatoka y los plantíos fueron disminuyendo, entonces en Damas comenzaron a sembrar cacao, hicieron unos planteles muy grandes con almácigos y los peones cuidaban y regaban las pequeñas plantitas de cacao. Había como unos 40 trabajadores cuidando de las plantas.

Yo iba a vender arroz con leche, casi todos me compraban.

Más adelante, cuando empezó la cosecha de cacao, mis hermanos y yo, íbamos a cortar cacao, lo hacíamos en puños y luego procedíamos a sacarlo para poner las semillas en una caja que era la medida que se utilizaba. La compañía pagaba por contrato a los peones por la corta y sacar la semilla. Nuestro padrastro era el que cobraba el dinero.

Había ocasiones en que estaba lloviendo mucho, nosotros teníamos que sacar el cacao a la intemperie, se hacían nubes de zancudos y purrujas alrededor nuestro, los insectos nos picaban, recuerdo que se hacían como una bomba con la sangre que nos chupaban y cuando los aplastábamos con la palma de nuestras manos, quedaba un manchón rojo en nuestro cuerpo.

Al tiempo, yo contraí el paludismo, durante la noche me daba calentura y mucho frío, y salía por las mañanas, al patio de mi casa para calentarme con el sol.

Alguien le dijo a mi mamá que la leche de pecho era buena para curar el paludismo.

Entonces una muchacha que estaba dando de mamar, me regaló un poco en un vaso para que me lo tomara.

Me supo horrible y me dio asco, de feria, no me curó.

En el dispensario me dieron unas pastillas de quinina y con eso me curé.

Pero con el tiempo también el cacao agarró otra plaga, creo que era monilia como se llamaba. Entonces comenzaron a sembrar palma africana porque era más resistente a las enfermedades.

La finca Damas comenzaba a prosperar, ya que había luz eléctrica en todas las casas y construyeron una planta o fábrica para procesar la fruta de la palma africana y extraer el aceite. También hicieron un cuadrante nuevo para alojar a los trabajadores y sus familias. Todas estas construcciones fueron hechas al otro lado del río que pasaba cerca de la iglesia.

En el cuadrante viejo, donde yo vivía había un club para los trabajadores y familia, este club tenía rockola, mesa de pool, ping pong, juegos de dominó y tableros, hasta una soda.

A veces, se hacía baile con la rockola.

Mi hermano mayor, el que vivía con mi tío, consiguió trabajo en la planta de aceite y se pasó a vivir con nosotros.

Con la ayuda de mi hermano y la del señor que vivía con mi mamá, la situación económica de nuestra familia mejoró.

Yo cursaba el 5º grado en la escuela de Parrita, era uno de los mejores alumnos, la maestra viajaba todos días de lunes a viernes desde Quepos hasta Parrita.

Era una joven de unos 20 años, muy bonita, de ojos achinados hija de un señor Humberto Alegría quien era el jefe del taller mecánico.

De Damas viajábamos 4 estudiantes, no nos cobraban pasaje de tren, tampoco a la “niña”. Todos los alumnos estábamos enamorados de ella, para mí, fue mi primer amor platónico, yo tenía como 12 años.

El sexto grado lo hice en la escuela de Boca Vieja en Quepos. Viajaba todos los días desde las 7 de la mañana hasta las 3 de la tarde. Mi mamá me alistaba un gallito para llevar y almorzar en la escuela cuando estaba en recreo.

Yo viajaba con un compañero que tenía desde 1° grado.

Para Octubre había un temporal, no paraba de llover, se inundaron varios trayectos de la vía del tren, el agua pasaba por encima de la línea y durante varios días no hubo servicio de tren, por lo que tenías que irnos de Damas a Quepos a pie, pues estábamos en los exámenes finales y no podíamos faltar a la escuela, eran como 10 km.

Cuando íbamos por el campo de aterrizaje de Paquita, el agua nos llegaba hasta la cintura.

El baile de graduación lo hicieron un sábado por la noche, por lo que mi compañero y yo tuvimos que quedarnos a dormir en la escuela.

Recuerdo que esa noche cada vez que decían el nombre de un compañero o compañera, los padres subían al escenario, orgullosos a recibir el diploma de su hijo.

Cuando dijeron mi nombre, yo tuve que ir a recibirlo y aunque estaba triste porque mi mamá no pudo ir, al mismo tiempo me sentía muy feliz porque era el primero título que ganaba y todos me aplaudieron.

Un sacerdote que nos daba religión en esa escuela me dijo que yo tenía vocación para estudiar para padre, me ofreció una beca para internarme en un seminario de padres franciscanos en Alajuela.

El sacerdote fue a hablar con mi mamá, le dijo que allí podía sacar el bachillerato de secundaria y si quería seguir estudiando, podía entrar al Seminario Mayor donde estudiaría la carrera de sacerdote. También le dijo que el estudio, los libros, la alimentación y pasajes ellos me lo daban, que ella no tenía que pagar nada.

Como mi mamá dejó de hacer ventas desde que yo estaba en 5° grado, yo ocupaba el tiempo libre en ir a agarrar pericos pichones es decir sin plumas. Los pericos hacen sus nidos en los árboles secos y podridos, también en atarrá que es donde viven los comejenes, una especie de hormiga con alas.

Yo atrapaba a los pericos pelones, los cuidaba y los alimentaba a pura agua con masa y cuando tenían plumas, los vendía a 2 colones cada uno.

Con el dinero que lograba juntar, compraba cuadernos, lápices de colores y otras cosas que necesitaba en la escuela.

Yo me hice monaguillo y le ayudaba al padre a dar la misa los domingos en Damas y Parrita.

Todas las oraciones eran en latín y tuve que aprender para contestar las oraciones al padre. Recuerdo que me robaba las hostias y el vino.

Mi mamá dio el permiso para que yo fuera a estudiar a Alajuela.

Llegó el verano y me preparé para irme a estudiar. Salimos de Parrita en una aviación de Lacsa, aterrizamos en el aeropuerto de La Sabana, allí nos esperaba un carro que nos trasladaría hasta el seminario en Alajuela.

Fue la primera vez que yo conocí San José, todo me impresionaba, iba muy asustado.

Antes de irnos para Alajuela pasamos al Colegio San Francis en Moravia que también era administrado por los sacerdotes franciscanos, nos dieron de almorzar y por la tarde salimos para Alajuela.

En el Seminario la vida cambió radicalmente para mí. Yo era un adolescente.

Allí todo era muy estricto, a las 5 a.m. nos levantábamos, tendíamos los camarotes, íbamos a la capilla a rezar las oraciones matutinas, el desayuno y a las 8 a.m. empezaban las clases.

Los sábados tenías que hacer aseo, trabajar en las huertas, limpiar de malas hierbas el piñal.

Los domingos jugábamos al fútbol y otras cosas.

Además de las asignaturas corrientes, nos daban latín, religión y mucho inglés.

Comulgábamos todos los días y nos confesábamos todas las semanas.

Pasaron los días y los meses.

Un domingo, que estaba viendo un partido de fútbol, llegaron unos compañeros de años superiores y me dijeron que los acompañara al piñal que estaba algo retirado de la plaza.

Cuando estuvimos allí, me dijeron que tenía que aprender a “sobármela”, acto seguido se bajaron los pantalones y comenzaron a masturbarse. Yo no lo quise hacer porque me daba mucha vergüenza. Después sacaron unos cigarros y empezaron a fumar. Me ofrecieron un cigarro y yo lo acepté.

Las marcas de los cigarros eran Leon, Royal o Ticos. No sé cómo los conseguían.

Ese mismo día cuando estaba solo en el baño, me masturbé por primera vez en mi vida, fue la primera vez que tuve una eyaculación y la verdad que me gustó y lo seguí haciendo a menudo.

Yo no sé si tenía vocación para sacerdote pero mi meta era sacar el bachillerato y en Quepos no podía porque no había colegio.

La cosa fue que en unas vacaciones que estaba pasando en la casa, mi mamá me dijo que ya no regresaría más al colegio porque mi hermano mayor se iba a casar y ella necesitaba que yo trabajara para que le ayudara con los gastos de la casa.

Aunque me dolió mucho pues yo tenía la gran ilusión de sacar el bachillerato en El Seminario, tuve que aceptar la voluntad de mi madre.

Entré a trabajar muy joven como peón en una planta de aceite. Muy pronto me pusieron como ayudante de mecánico, aprendí soldadura y pasé a ser operario de mantenimiento en maquinaria industrial ganando mucho más dinero.

Unos compañeros de trabajo me decían que fuera con ellos a Quepos, que tenía que estar con una puta para que me hiciera hombre.

Un día de tantos acepté, me llevaron a un burdel, me enseñaron a tomar y luego me buscaron una muchacha.

Con el tiempo, todos los sábados me iba para Quepos al Salón Miramar a bailar y buscarme algún lance.

Quepos había cambiado mucho, era un cantón pujante y gracias a la agricultura, al comercio y al turismo, se notaba el progreso en sus calles y en su infraestructuras.

Con el mar al puro frente y con su gente tan amable, este puerto era visitado por mucha gente del país y del extranjero.

Un sábado por la tarde me alisté para ir a Quepos, quería estrenar unas zapatillas que hacía poco había comprado, me costaron 60 colones. Eran muy bonitas, color café y puntiagudas como se usaban.

Le dije a mi mamá que me alistara un pantalón blanco de army que me gustaba mucho y una camisa roja manga larga para que hiciera juego con las zapatillas. El pantalón era bombacho en la parte de arriba y angosto abajo como su usaba. Tenía 2 paletones y mi mamá me lo engomó y aplanchó para que resaltaran más los pliegues. Según yo, iba guapísimo y a la última moda. Me fui con unos amigos y escogimos una mesa estratégica donde podíamos mirar a todas las muchachas que llegaron al baile.

Al frente de nosotros estaban unas jóvenes con ganas de bailar. Una chiquilla morena se me quedaba viendo, entonces me animé y la saqué a bailar. No le había dicho cuando ya estaba de pie con una gran sonrisa.

Cuando estábamos bailando le pregunté: ¿Cómo te llamas? Cecilia, pero todos me dicen Chila. Invíteme un fresco, me dijo, Está bien, pero sentémonos aparte, ella aceptó.

Le pregunté la edad, me dijo que acababa de cumplir 17 años. Seguimos bailando y nos besamos. Ya eran como las 8 de la noche, yo me había tomado 3 cervezas y ella 2 refrescos.

Al rato me dijo que tenía que irse porque si llegaba muy tarde la abuela no le abría la puerta. Ella vivía en “El Cocal”, una isla que estaba detrás del caserío de Boca Vieja estaba rodeado por un lado con el estero y por el otro el mar, con muchas palmeras y ranchos donde vivían los pescadores. Era un lugar precioso. Chila me dijo que ella vivía en Puntarenas con su mamá pero que se vino porque el padrastro abusó de ella y cuando se lo contó a su mamá no le creyó y la echó de la casa por mentirosa.

Yo la acompañé, eran como las 9 de la noche.

A la orilla del estero Chila había dejado un bote con un canaleta para regresar a su casa. El bote tenía un mecate con un pedazo de riel que le servía de ancla.

Cruzamos el estero y llegamos a un rancho abandonado. El bote lo dejó anclado, yo tuve que quitarme los zapatos porque había que meterse al agua. Los dejé debajo de un asiento que tenía el bote y me fui descalzo.

“Cuando usted se va a regresar me deja el bote al otro lado y yo mañana lo voy a traer”. Me dijo. El rancho no tenía piso, nos acostamos en la arena y empezamos a acariciarnos. Había una luna maravillosa, su luz se filtraba por los huecos del techo que era de hojas de palmeras y las olas del mar se oían muy cerca cuando se rompían en la arena. Estábamos en lo mejor, cuando escuchamos unos gritos: “Chila, done te metiste, ya sé que llegaste porque vi el bote que te llevaste sin mi permiso”. Era la abuela, la casa donde vivían quedaba como a 500 m y la abuela había salido a buscarla.

“Quédese quedito y no hable”, me dijo Chila al oído. La anciana se asomó al rancho pero por dicha no nos vio. “Vas a ver la garroteada que te voy a dar cuando llegues a la casa vaga de mierda”.

Yo le dije que mejor se fuera pero me dijo que nos quedáramos allí, de por sí su abuela siempre hablaba pero nunca le hacía nada porque ella le ayudaba con la pesca.

Los gritos de la vieja se fueron alejando y nos dormimos abrazados con el arrullo de las olas. El sol, que se metía por el techo me despertó. Eran como las 6 de la mañana.

Yo me levanté rápido, me sacudí la ropa para quitarme la arena y desperté a Chila.

“Tengo que irme, le dije, porque el tren pasa a las 7:30 y tengo que llegar temprano a mi casa. El bote te lo dejo al otro lado”.

Me fui de prisa a buscar el bote, más porque tenía miedo de que llegara la abuela.

Chila se fue para su casa, el próximo sábado te veo, le dije y me despedí con un beso.

Gracias a Dios el bote estaba en la orilla.

Yo sabía canaletear muy bien porque desde carajillo iba a pescar a la isla de Damas en bote con canaleta, también iba a los manglares a buscar pianguas.

Pasé al otro lado sin ningún problema, busqué las zapatillas, para ponérmelas pero no estaban. Me quedé pensando, no sabía qué hacer, las busqué por todo el bote y nada, no podía devolverme porque el tren me dejaba y solo salía otro hasta muy tarde.

Seguro la vieja se las llevó, pensé. Y lo que más me dolía era que estaban nuevecitas y me habían costado muy caras.

Me arrollé un poco los pantalones y me fui a esperar el tren Boca Vieja. Cuando me subí al tren busqué un asiento apartado para que nadie me viera y traté de esconder los pies debajo del asiento. Cuando llegué a Damas, me bajé presuroso, para llegar a mi casa tenía que pasar por la plaza. Como era un domingo, había un partido de futbol y mucha gente viendo el partido. A mí, casi todo el mundo me conocía, cuando me vieron bien mechudo, con el pantalón sucio y sin zapatos, no se imaginan la silbada que me dieron. Yo pasé frente a ellos en pura carrera y me metí a mi casa.

Durante todo el día no salí a la calle por temor a que me vacilaran, sin embargo, al día siguiente todos mis compañeros de trabajo me preguntaron qué me había pasado.

Todos los miércoles daban películas en el club de Damas. El club tenía sus propias sillas. Un día llegué temprano a ver la película, había mucho campo, pero me senté junto a una joven que nunca había visto.

Tenía cara de chiquilla y era muy bonita. Ella me volvió a ver y me sonrió, pude observar que tenía camanances y sus ojos eran gatos.

El salón ya estaba lleno, apagaron las luces y empezó la película. Era una película mexicana pero yo no le prestaba atención por estar viendo a la chiquilla. Cuando terminó la película le dije si podía acompañarla, me dijo que sí pero que andaba con una prima.

Me contó que estaba recién llegada a Damas, que vivían en un rancho, cerca del río Pirris.

Me dio las señas y quedé de llegar el próximo domingo.

Su nombre era Carmen, bajita y con un cuerpo bonito, le calculé de 14 a 15 años.

De Damas a donde vivía eran como 5 km.

Yo tenía una bicicleta vieja que a veces usaba para ir a pasear o hacer mandados.

El domingo agarré la bicicleta y me fui a ver a Carmen.

Era un rancho algo grande, el techo era de paja y las paredes eran de caña brava, una especie de caña delgada que la gente usaba para hacer ranchos y otras construcciones.

Solo tenía una puerta y una ventana, el piso era de tierra. Adentro había una división también de caña brava, con el marco de una puerta pero sin puerta, en su lugar había unas cortinas desteñidas por el tiempo. Como las cortinas estaban recogidas, pude ver una cama grande de madera y una hamaca de mecate.

En otro espacio había un fogón, era un cajón con 4 patas, relleno de tierra y encima ceniza, con 3 piedras que era el fuego, con unos tizones prendidos, encima una olla de aluminio con frijoles hirviendo. También había un moledero y 2 bancos de madera. No había cañería, el agua la traían del río y se alumbraban con canfineras.

Me presentó a la mamá, una señora sola con 5 hijos, la mayor era Carmen y el menor como de 3 años. Era una familia muy pobre.

Todos trabajaban de “coyoleros” menos el pequeño, pero se lo llevaban porque no lo podían dejar solo. “Coyoleros” les dicen a las personas que recogen las semillas que se desprenden de la fruta de la palma africana o palma aceitera.

La semilla recogida se la venden a La Compañía.

Ese mismo día le pedí la entrada a la señora, me dijo: Y usted, dónde trabaja? Yo le dije que en la planta de aceite, bueno, me contestó: “Puede venir 2 veces por semana pero yo soy una mujer sola, y si tiene buenas intenciones, no hay problema”. Estuve toda la tarde hablando con Carmen, como ya estaba oscureciendo, me vine para la casa. Seguí viéndola 2 veces por semana después que salía del trabajo, me iba como a las 5, la bici no tenía foco, entonces le amarré un foco de baterías a la manivela. Era verano y tenía que caminar por un trillo o camino pero también otros campesinos pasaban con sus caballos a vender productos de sus parcelas, por lo que estaban llenos de huecos.

Como a las 9 de la noche me regresaba a la casa. También iba los domingos en la tarde.

Así estuve como 3 meses viajando en bicicleta, pero cuando llegó el invierno, como 1 km antes de llegar al rancho, se hacían unos barriales tremendos, tenía que dejar la bici escondida y seguir el resto del camino a pie.

Entonces pensé en comprar un caballo, como ganaba bien en La Planta de Aceite, pude comprarlo al contado.

Era un caballo bonito pero aperado, con jáquima y albarda nuevas, también una vaqueta de cuero de ternero muy fina para poner encima de la albarda.

El problema era que yo nunca había montado a caballo ni sabía cómo ensillarlo.

Un señor, compañero de trabajo, que era de Nicoya y había trabajado de sabanero, me enseñó a ensillarlo y me dio algunos consejos para montar.

Así que seguí visitando a la muchacha a caballo, también me compré una capa.

Yo le pagaba a un señor para que me alquilara en un potrero para dejar el caballo durante la semana, por dicha estaba cerca de la casa, cuando lo ocupaba iba con una soga y lo traía hasta mi casa y lo ensillaba. El caballo era muy dócil.

En noches de verano, nos íbamos para el patio, yo tendía la vaqueta y allí nos acostábamos a mirar las estrellas y conversar y otras cosas.

En noches muy oscuras, las candelillas se prendían y apagaban alumbrando el potrero que había cerca del rancho parecían diminutas estrellitas en la oscuridad. De vez en cuando pasaba un carbunco a toda velocidad por encima de nosotros. Ya ella había cumplido 15 años. Yo tendría como 18.

Recuerdo que le compré un corte muy lindo rosado y con flores. Como mi mamá era costurera, le hizo un vestido muy lindo, la muchacha lo estrenó y estaba muy contenta, le quedaba muy bonito. En ese tiempo las jóvenes casi no usaban pantalones.

Un día por la tarde, estaba yo trabajando, cuando llegaron dos guardas rurales a hablar con el jefe, luego me llamaron, me dijeron que tenían orden de llevarme detenido a la Jefatura de Policía en Quepos. Pregunté el motivo, me contestaron que no sabían pero que allá me informarían.

Cuando llegamos me encerraron en una cárcel, que era como un cuarto con una ventana con rejas. Al fondo estaban dos hombres fumando un cigarrillo entre los dos. No había camas ni bancos. La Jefatura de Policía quedaba en un barrancón, en la parte alta, estaban las oficinas.

Yo tenía mucho miedo, nunca había estado en la cárcel. Como a la hora, me llevaron a la oficina del jefe político era un señor gordo, estaba fumando un puro y toda la oficina olía mal.

“Estás en un problema guevón”, me dijo (Así con ge de gato) “Panzoniaste a una carajilla y ahora tenés que casarte o ir 5 años a la Peni”. Yo me asusté aún más de lo que estaba. “La mamá vino a poner la denuncia”. Tenés tiempo hasta mañana para pensarlo, ella viene en la mañana para ver qué vas a hacer.

Esa noche casi no pude dormir, me acurruqué en un rincón, mientras los otros dos dormían en el suelo, casi ni me hablaron, se notaba que estaban borrachos.

Al día siguiente soltaron a los dos borrachos, a mí me dijeron que tenía que esperarme hasta que llegara la señora.

Me llevaron un vaso con café y un bollo de pan.

Como a las 9 de la mañana me pasaron a la oficina. Allí estaba la señora con mi novia.

Yo les dije que estaba dispuesto a juntarme con la muchacha y que más adelante me casaría. La suegra estuvo de acuerdo, como la muchacha era menor de edad mi suegra y yo tuvimos que firmar un escrito que hizo a máquina un muchacho que era el asistente.

Luego yo las invité a almorzar y nos fuimos juntos para Damas en el tren de la tarde.

En el trayecto traté de convencer a la señora que me diera unos meses de tiempo pues no tenía nada, tenía que buscar casa y comprar algunas cosas.

Que mientras tanto, le seguiría dando cien colones por quincena para los gastos de la muchacha. En aquel entonces, cien colones era mucha plata, solo existían billetes de ₡ 2, de ₡ 5, de ₡ 10, de ₡ 20, de ₡ 50 y el de ₡ 100 colones era el de más valor. Mi suegra era muy metalizada y aceptó.

Yo seguí dándole los ₡ 100 cada quincena pero me retiró de la visita. El caballo lo vendí.

Como la muchacha era muy bonita, se hizo de un novio, compañero de trabajo mío y se casó antes de que naciera la niña, que fue lo que tuvo, el muchacho le dio el apellido pero le seguí ayudando porque estaba seguro que era mi hija pues se parecía mucho a mí (pobrecita).

Pasó el tiempo, quitaron la línea del tren, en su lugar hicieron una carretera de lastre y a ambos lados se veían las plantaciones de palma africana.

Comenzaron a llegar los carros a Quepos, pusieron un servicio de buses de Quepos hasta la Palma y otro hasta Portalón recorrían todas las fincas.

Durante el trayecto en bus, se veían grandes plantaciones de arroz, pues muchos agricultores, se dedicaron a esta actividad mucha gente cambiaron el viejo radio de baterías marca Zenit por tocadiscos o consolas, ya que en todas las fincas había electricidad.

Quepos, la cabecera del Cantón de Aguirre, era el centro donde convergían todos los lugareños para compras, negocios y trámites de toda índole, por lo que los fines de semana, se vía mucho movimiento en el comercio.

En la finca Llorona, construyeron otra planta para la extracción de aceite, ya que la de Damas no podía abastecer todo el proceso de la producción de fruta.

Yo seguí trabajando en la finca de Damas, como tenía algunos ahorros me compré una moto nueva de paquete.

En ese lugar, en ese tiempo, casi nadie tenía motocicleta, todas las chiquillas se me ponían buenas, con tal de que las montara en moto.

Yo hacía mucho ejercicio, jugando futbol o nadando en los ríos o el mar, además me alimentaba bien y estaba joven por lo que era un buen partido para las muchachas.

Así es que los domingos me dedicaba a pasear en moto por todas las fincas o me iba para Quepos a bailar.

Al poquito tiempo me hice de 2 novias, una en la finca Pacares, y otra en La Palma. Por las dos pedí la entrada. Ninguna sabía de la otra, ni se conocían. A las dos las visitaba en diferentes días.

A mí me gustaba mucho correr en moto. Me gustaba sentir el viento en la cara, cuando uno es joven, no piensa en el peligro.

Un domingo, iba a visitar a una de mis novias, la carretera era de lastre iba a bastante velocidad, comenzaba a lloviznar. A un lado de la carretera estaba el tendido eléctrico, los postes de luz eran rieles de la línea del tren.

Yo sentía la lluvia golpearme la cara, de pronto, la moto me patinó y me fui contra un poste de luz.

Yo perdí el conocimiento, cuando desperté estaba en una cama del hospital de Quepos. Sentía un gran dolor en la rodilla derecha. Al rato llegó el doctor, me dijo que me había fracturado la rodilla en 2 partes, que tenían que enyesarme pero tenía que esperar unos días hasta que bajara la hinchazón de la rodilla.

Unos compañeros del trabajo llegaron a verme, me dijeron que la moto se había despedazado, que milagro no me mató. También llegó mi mamá a verme, ella siempre me decía que no corriera tanto.

Como a los 3 días me pusieron el yeso, pero tenía que tener el pie levantado colgando de un gancho.

Un domingo en la tarde, a la hora de la visita van llegando las 2 novias al mismo tiempo. Yo no hallaba donde meterme, me quedé mudo, no sabía qué decirles, al momento se dieron cuenta y comenzaron a discutir. Las dos me reclamaban y me trataban de hipócrita y otras cosas. Al rato una de ella se puso a llorar y se fue. La otra se quedó me siguió insultando, tenía toda la razón. Me decía que no le volviera a hablar nunca jamás. Yo me hice el dormido. Después de que me dijo un montón de cosas, se fue. Yo me quedé pensativo. La gente que visitaba a otros enfermos, se me quedaban viendo y se reían.

A los días me dieron la salida del hospital. Me fui para la casa, aún estaba enyesado, tenía que caminar con muletas.

Durante el tiempo que estuve internado, en las noches que no podía dormir, traté de comunicarme con Dios, medité mucho, le pedí perdón por todo lo malo que había hecho, la clase de vida que llevaba, no era una vida buena, me arrepentí y le pedí a Dios que me ayudara para cambiar el rumbo de mi vida.

Al mes, me quitaron el yeso, gracias a mi Dios quedé bien la pierna.

Pero al final me quedé sin moto y sin las dos novias.

Tomé una decisión, fui a la oficina de mi trabajo y puse la renuncia.

Ya nada me quedaba haciendo en Damas, me fui para San José me dolió mucho porque mi mamá se quedó llorando.

Ya en San José conseguí un trabajo, seguí estudiando, saqué el bachillerato y pude ingresar a la Universidad de Costa Rica.

Al tiempo conocí a una buena mujer, nos casamos y tuvimos 4 hijos, 2 varones y 2 mujeres. Pero eso es otra historia que tal vez algún día escribiré.

Para terminar, quiero citar un verso que lo pone a uno a reflexionar. Creo que lo escribió el gran periodista y poeta Rubén Darío, pero no estoy seguro. El verso dice así:
“Juventud, divino tesoro
te vas para no volver
cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer”

FIN